

The background of the cover is a photograph of a tropical beach. In the foreground, a thick, brown palm tree trunk leans diagonally from the top left towards the center. In the middle ground, a traditional wooden outrigger boat with a blue hull and yellow deck is beached on the sand. The boat has several masts and rigging. The beach is sandy and extends to the water's edge. In the distance, there are blue mountains under a sky with scattered white clouds. The entire image is framed by a white dotted border.

PENINSULA ODISSEAS

Ramon Vilaró
Mabuhay
Bienvenidos a Filipinas

Índice

- Portada
- Mabuhay
- Dedicatoria
- Cita
- Mapa
- Introducción
- 1. La bahía más bella del mundo
- 2. Maynila, insigne y leal ciudad
- 3. «Mi último adiós»
- 4. Tres siglos conventuales y medio siglo hollywoodien-
se
- 5. Baler, bajo el tifón
- 6. Baguio, la puerta de La Cordillera
- 7. Sagada, cuevas y tumbas
- 8. Eduardo Masferré, el fotógrafo de La Cordillera
- 9. Ramon's y las terrazas de Batad
- 10. La ruta del tabaco de Gil de Biedma
- 11. Vigan, herencia hispana
- 12. Batac, territorio Marcos
- 13. Palawan, la mejor isla, y prisión, del mundo
- 14. El Santo Niño de Cebú
- 15. Hayaan, mi isla particular
- 16. Negros, la dulzura del azúcar
- 17. Siquijor, la isla de las brujas
- 18. Borácay, el paraíso perdido
- 19. Zamboanga, territorio moro
- 20. Aquí se habla chabacano
- 21. Del Manila Hotel a Corregidor
- 22. Memorare Manila
- 23. San Agustín, la cuna de los museos
- 24. Ermita
- 25. Un café con Francisco Sionil José
- 26. Binondo, el Chinatown filipino

- 27. Adobo revolucionario
- 28. Regreso a Malacañán
- 29. Entre golpes y guerrillas
- 30. Los héroes de EDSA
- 31. Dávao, territorio Duterte
- 32. Makati, rezar y comprar
- Agradecimientos
- Bibliografía
- Imágenes
- Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre
una
nueva forma de disfrutar de la lectura

**¡Regístrate y accede a contenidos ex-
clusivos!**

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

Al acogedor pueblo filipino

El turista ve lo que ha ido a ver.
El viajero ve lo que ve.

GILBERT KEITH CHESTERTON





INTRODUCCIÓN

Este es un relato de vivencias en Filipinas que a lo largo de múltiples viajes y estancias, se espaciaron durante casi cuatro décadas. Desfilan la historia, la geografía y las personas, con especial atención al factor humano, caracterizado por la hospitalidad del pueblo filipino. A todos los niveles. Desde los más humildes que viven en playas, campos o montañas, sin olvidar los barrios menos favorecidos de las grandes urbes, hasta personajes políticos de primera fila, pasando por empresarios, escritores, académicos o religiosos, todos comparten el espíritu de bienvenida —*mabuhay* en tagalo, el idioma nacional del país— hacia el visitante.

Es a todos ellos, los que he conocido y tratado, a quienes dedico esa recopilación que oscila entre la visión del viajero y la del cronista de profesión. Les pido tolerancia hacia la opinión de un foráneo que, por otra parte, en Filipinas siempre se encuentra como en casa.

A quienes no conocen Filipinas les recomiendo a descubrirla en sus múltiples aspectos. Espero que la lectura de este libro los anime a emprender felices viajes a un país tan lejano y próximo a la vez, con muchos lazos comunes, tanto en el pasado como en la actualidad.

Mabuhay. Bienvenidos a Filipinas.

1

LA BAHÍA MÁS BELLA DEL MUNDO

La primera vez que contemplé la bahía de Manila fue en julio de 1979. Viajé a Filipinas para cubrir la información generada por el éxodo de refugiados vietnamitas y camboyanos bautizados como *boat people* por llegar en barcos destartados. Me sorprendió la inmensidad de la bahía. Era casi imposible delimitar el perfil de sus costas. Excepto en las fantásticas puestas de sol, uno de los espectáculos favoritos de los manileños desde el malecón de una urbe que en aquel entonces contaba con unos cinco millones de habitantes. Recordé aquella frase del navegante francés La Pérouse, que siglos atrás la había definido como «la bahía más bella del mundo». ¿Sería cierto?

Unos densos nubarrones tamizaban el sol hacia poniente. Volaban en dirección hacia la isla del Corregidor, ubicada en la entrada de la bahía, casi invisible desde la ciudad. Niños y mayores se bañaban entre las rocas que protegían el paseo, sin importarles las aguas turbias. Otros formaban una hilera sentados sobre el muro de contención mirando el mar. La gente paseaba en la avenida Roxas, entre las palmeras y un enjambre de vendedores ambulantes. Al cruzarse con el visitante, la sonrisa era frecuente. Era la mejor expresión de hospitalidad y bienvenida, *mabuhay*, que confirmaría en futuras y largas estancias en Filipinas.

El tráfico, como ya era habitual en Manila, era caótico. Tan complejo como conseguir los correspondientes permisos (eran tiempos de dictadura bajo la presidencia de Fer-

dinand Marcos) para poder navegar hasta la cercanía de alguno de los barcos de refugiados procedentes de la antigua Indochina francesa.

A primera hora de la mañana subí a una barcaza de la marina filipina, junto con otros periodistas y personal de la Cruz Roja. Navegamos en aguas tranquilas y plateadas rumbo al centro de la bahía de Manila. Poco a poco fue divisándose el navío que llevaba siete meses fondeado en la bahía. A medida que nos íbamos acercando, comenzaron los saludos de los niños bajo improvisados toldos que los protegían del sol y un sinfín de cuerdas donde había todo tipo de ropa y harapos tendidos. El viejo buque, con el nombre de *Tung An*, contaba con unos quinientos refugiados de origen vietnamita que habían navegado más de dos mil millas. Eran solo un ejemplo de la diáspora de cuatrocientos mil refugiados que deambulaban en busca de asilo por las costas del mar de China o en la frontera entre Camboya (bajo el régimen despótico de los jemeres rojos) y Tailandia.

—Filipinas presta ayuda, pero no podemos con todos —precisó el responsable de nuestra barca. Recordó, una vez más, que el permiso solo autorizaba a hacer fotos, pero no entrevistas. Tampoco habría sido posible porque no estaba permitido subir a bordo. Solo accedía el personal humanitario de la Cruz Roja, que dos veces al día llevaba alimentos y medicinas a un barco fantasma controlado por una veintena de soldados filipinos. Filipinas ya acogía a varios miles de refugiados en la isla de Lubang, adonde habían llegado en precarias embarcaciones de todo tipo.

«Cuéntame la historia de un refugiado y me habrás contado la historia de todas las posguerras», se decía en una publicación de Amnistía Internacional, parafraseando a los clásicos griegos y sus tragedias originadas por las guerras. Una frase aún vigente en aquel entonces, con la posguerra del Vietnam y el genocidio camboyano del sanguinario Pol Pot. Y sin vistas de amainar en muchos lugares del

mundo, incluido de nuevo el Sudeste asiático, donde, cuatro décadas después, en la primavera de 2015, los musulmanes de la minoría rohinyás de Birmania navegaban a la deriva escapando de las incesantes y sangrientas persecuciones provocadas por los budistas.

Con la barcaza amarrada a babor del *Tung An*, un vietnamita me preguntó en inglés de dónde era cuando apunté el teleobjetivo de mi cámara hacia su rostro. «Queremos ir a España», respondió cuando le dije mi origen.

—Aquí ya estuvieron los españoles —me recordó el marino filipino mientras gesticulaba para indicarme que no me cayera al mar en mi afán de conseguir las imágenes más impactantes.

De vuelta hacia el muelle de la marina filipina, mientras tomaba notas para la crónica, imaginé cómo debía ser aquella bahía cuando el célebre galeón de Manila surcaba sus aguas una vez al año, la nao que durante casi tres siglos cruzó el océano Pacífico como un cordón umbilical entre el virreinato de Nueva España (México) y la capitanía general de Filipinas.

La huella hispana en el archipiélago filipino databa del año 1521, cuando el portugués Fernando de Magallanes —que cruzó el Pacífico hacia las Indias Orientales en busca de las Molucas, ricas en especias—, al servicio del rey de España, arribó a la isla de Leyte, a la que bautizó como San Lázaro antes de morir luchando contra el caudillo autóctono Lapu-Lapu en la isla de Mactán. Tras el percance, fue Juan Sebastián Elcano quien cogió el mando de la expedición marina. Llegó a Sevilla el 8 de septiembre de 1522, tras dar la primera vuelta al mundo y así demostrar la esfericidad de la Tierra y marcar la traza de aquel imperio «donde nunca se ponía el sol».

Casi medio siglo después, fue el navegante Ruy López de Villalobos quien regresó al archipiélago. Lo bautizó con el nombre de Filipinas en honor del futuro rey Felipe II. Bajo su reinado, el virrey de Nueva España recibió la orden de preparar la ocupación de las islas Filipinas. El día de Navidad de 1564 zarpó de Acapulco una flota de cinco galeones con unas cuatrocientas personas, entre marinos, soldados y frailes, con destino a Filipinas. Al mando iba el vasco Miguel López de Legazpi, el hombre que en 1571 navegó hasta la bahía donde fundó el primer asentamiento colonial, al que dio el nombre de sus pobladores: Maynila.

La ruta de América a Filipinas la trazó Magallanes. Pero el problema era el viaje de regreso. El cosmógrafo navarro y fraile agustino Andrés de Urdaneta (quien protagonizó el descubrimiento de los vientos y la corriente de Kuroshio) navegó desde Filipinas hacia el norte e inició el tornaviaje desde Japón hasta el cabo Mendocino en la costa oeste americana, para luego bajar hacia el sur californiano hasta Acapulco. Era solo una etapa para unir España y Filipinas. Personas y mercancías debían cruzar México, desde la costa del Pacífico hasta la del Atlántico, para embarcar de nuevo en Veracruz y desde allí, vía Cuba, llegar hasta Sevilla. La aventura de ir de España a Filipinas podía suponer un año y medio, desafiando tifones, piratas y escorbuto.

Los galeones de Manila, conocidos también como galeones de Acapulco o naos de China, dependían directamente del virreinato de Nueva España. Los primeros se construyeron en México, pero luego se fabricaron en Filipinas para aprovechar la excelente resistencia de las maderas tropicales. Su peso osciló entre las quinientas toneladas iniciales y las dos mil de los últimos navíos. Además de marinos, transportaban militares y religiosos, junto con la plata mexicana, base para el pago de especias, marfil y seda que centralizaban en Manila un próspero comercio dominado en parte por los *kastilas*, como se llamaba a los españoles en Filipinas, pero sobre todo por comerciantes de la colo-

nia sangley, los chinofilipinos que controlaban el comercio en Manila. Habían convertido la ciudad en el mayor mercado del área asiática, al que llegaban sedas y porcelanas de China, marfiles de la India o especias de Timor. Todo se compraba y vendía con pesos de plata acuñados en los virreinos de Nueva España y Perú. Pero la distancia, entre otros factores, explica por qué España nunca llegó a influir en Filipinas como lo hizo en América Latina.

Filipinas fue un apéndice del virreinato de Nueva España hasta la independencia de México a principios del siglo XIX. Solo después conformó una colonia dependiente directamente de la metrópoli. La apertura del canal de Suez en 1869 favoreció las comunicaciones marítimas, dejando el trayecto en unos cuarenta días de navegación desde Barcelona hasta Manila, los dos principales puertos de contacto.

Quedaban para la historia las aventuras del centenar de trayectos del galeón de Manila, una o, como máximo, dos veces al año, cuyas mercancías asiáticas no llegaban a España hasta al cabo de un año y medio o dos. Entre ellas se incluían los populares mantones de Manila, bordados en China y exportados a Manila por los astutos comerciantes chinos, camino de Nueva España para seguir hasta la metrópoli peninsular, donde eran muy apreciados por las damas de la alta sociedad.

—Allí está Cavite —dijo el marinero anfitrión señalando a babor una parte de la lejana costa.

Cavite, una localidad portuaria situada al sur de la bahía de Manila, antaño acogió el arsenal, los astilleros y el puerto donde fondeaba el galeón de Manila y fue base de la Real Marina española. Fue también escenario de la batalla de Cavite, en que la Marina estadounidense al mando del comodoro Dewey hundió la flota española del contral-